

## Hechos de alcoba

**MANUEL** buscó en vano a su tercera mujer. El silencio de la casa le produjo ese extraño acercamiento a la muerte. Pensó en lo peor: los Arriada esperándola en la curva del Diablo y asesinándola como a su segunda mujer, el caballo resbalándose y cayendo al precipicio como su primera mujer, el tren descarrilándose y matando a su novia diez años antes de la muerte de su madre. Sus pensamientos se extendieron más lejos: sus hijos falleciendo en el incendio de Auvervilliers, la abuela materna ahogándose en un río de Lovaine, los cachorros de Pantera arrojados al lago por haber nacido muertos, los tristes sobrinos en el sanatorio de árboles muertos del viejo París, la obra de teatro finalizada abruptamente cuando los nietos de la protagonista morían aplastados bajo un zapato de gigante.

Repasó nuevamente la sala extensa y observó el retrato de Eva. Prendió un cigarrillo. Se tiró en el sofá y, en aquel silencio lúgubre, reparó en los detalles del antiguo lienzo pintado cuarenta años antes: el vestido gris y la rosa blanca, las trenzas marrones y las sandalias doradas, la mirada penetrante de esos ojos que pa-

recían tener un color diferente cada vez que los miraba.

Se levantó y, sobre la única silla que acompañaba al cuadro, pudo alcanzar a mirar de cerca sus mejillas y el lunar que con el paso de los años había tomado un color más claro. No pudo evitar besar esos labios provocadores y no le importó el sabor a polvo que le quedó impregnado por varios minutos en su garganta. La medalla del cuello había perdido ese brillo que tenía cuando el cuadro era nuevo. Tocó los senos planos y lamentó que el cuadro no fuera tridimensional. Bajándose de la silla no pudo dejar de besar los pies, las sandalias doradas y suspirar maldiciendo su ausencia durante cuarenta años.

En la casa el tiempo parecía haberse detenido. Las grandes ventanas que daban al río eran las mismas, excepto por el vidrio roto que nadie había reemplazado y las cortinas destrozadas. La cocina con el piso blanco y las ollas de arcilla, la vajilla celeste y la refrigeradora sin marca conocida, los dibujos de frutas colgados en los lugares de siempre, la mesa de comedor tallada con escudos familiares y las sillas con adornos de hojas de laurel. Todo estaba tal cual lo dejó.

Miró por la ventana y le pareció divisar

un grupo de garzas sobre el pastizal. Dudó si lo eran, pues su vuelo se hacía cada vez más extraño: en círculos hasta perderse entre los abedules. Miró el cielo y, entre las nubes oscuras, distinguió un avión. Deseó estar sentado en su cabina añorando sus días como piloto de guerra y tuvo ese escalofrío que sintió cuando derribaron su nave; ya prisionero fue torturado con arena mojada en su nariz destrozada por la brusca caída del paracaídas.

Subió las gradas y abrió la puerta de la alcoba. La cama intacta y las sábanas más blancas de las que tenía memoria. El perfume de ella era el mismo en el ambiente cerrado: el mismo jardín de rosas y flores paseándose por el aire. Se miró en el gran espejo circular y pudo comprender que el tiempo no era un aplauso como solía decir en la prisión. Era real. Cuarenta años sin ver su propio rostro era una sensación que le causaba más temor que Eva lejos de casa. Sus ojos parecían haberse hundido en su rostro arrugado; sus cabellos, tan blancos como las sábanas, lucían desordenados. Sus labios secos le recordaron que hacía siete días no bebía agua y quiso bajar corriendo a la cocina para buscar su taza preferida, dorada y blanca, y beber agua con hielo. Temió abandonar el espejo y, finalmente,

se sentó sobre la cama dejándose caer en esa comodidad que extrañó tantos años. Miró el cielo raso, blanco y limpio, y creyó distinguir dos moscas copulando. Cerró los ojos y Eva le vino a la mente para mirarla fijamente y reír diciéndole que sí, que aquella noche le había mentido: no había ido a casa de tía Sara, sino a su sobrina Pamela a quien llamó desesperada por teléfono: ¿Pamela?, soy Eva, tu tía... contigo estuve anoche y eso dile a tu tío o me mata si se entera que estuve con Roy Rail; y ella: sí tío, eso me dijo tía Eva, pero no fue cierto, nunca estuvo conmigo y fue Roy Rail el afortunado que la tuvo toda la santa noche.

Una lágrima se extiende por su rostro y se pierde entre su cuello. Abre los ojos y el cielo raso otra vez impecablemente blanco y sin las moscas que segundos antes le trajeron malos recuerdos.

Se incorpora. Se acomoda los cabellos como puede y repara en algo: alguien llama a la puerta y duda si bajar a abrir. Siente temor y se acuesta nuevamente. Cierra otra vez los ojos y llega Eva nuevamente, esta vez con las fuentes de carnes y el vino blanco: brindemos por nosotros, amor, que el tiempo es un pestañeo para los que aman y brindemos nuevamente y no digas que no,

porque si no me corto las trenzas y tú: sí, Eva, amor, brindemos, pero que tus trenzas tengan esa vida que me produce vida y si las cortas, mi vida no tiene sentido.

Los insistentes toques a la puerta le hacen abrir rápidamente los ojos, incorporarse, bajar las gradas y abrir con gran temor.

—Buenos días, señor —dice una mujer mirando con piedad al anciano Manuel—. ¿Esta es la casa de Manuel Ramos?

Manuel no puede dejar de mostrar su asombro. Esa belleza, está completamente seguro, no la había visto hace cuarenta años. Se ha fijado con cuidado en las trenzas, el vestido gris y la rosa blanca, las sandalias doradas y la medallita en el cuello. La vista no podría mentirle tanto.

—¡Eva, Eva, mi amor. Cuánto has tardado en llegar! —exclama Manuel ante la mirada sorprendida de la joven mujer que huye despavorida por el camino que da a la carretera donde la espera un lujoso automóvil.

El anciano duda si seguirla. Cierra la puerta y se sienta en el suelo contemplando el gran retrato de Eva cuando unos golpes nuevamente aceleran los latidos de su viejo corazón.

—¡Abra la puerta, anciano!

La voz enredada en el sonido del automóvil le parece conocida. ¿El policía que lo capturó y llevó cuarenta años a la cárcel? Ya no cree temer. ¿Qué más podría pasarle a un hombre después de lo que a él le ha pasado? ¿Qué otras desgracias podrían sucederle?

Abre lentamente la puerta esperando ver al policía y su revólver en las manos, apuntándole y diciéndole: bota el cuchillo o eres hombre muerto. Esta vez el camino solitario y la misma mujer preguntándole si esa es, en verdad, la casa de Manuel Ramos.

—Aquí es, señora, perdone si la he asustado. Se parece tanto a mi esposa Eva...

—Que en paz descanse, anciano. Que en paz descanse.

—Y que de Dios goce, señora.

Cierra la puerta y la invita a sentarse en los muebles que alguna vez compró en el centro de París con su primera mujer y no disimula en mirarla una vez más.

—Disculpe que no tenga nada para ofrecerle. He llegado después de muchos años y...

—Lo sé, Manuel. No se moleste en explicarme.

Manuel la mira con mayor detenimiento y sabe que no es otra alucinación después de tomar: el mismo vestido de su mujer,

la misma rosa, las mismas sandalias y la misma medalla no son mera coincidencia.

—Disculpe, señora. Usted luce igual que mi esposa Eva... Si usted se fija bien en ese cuadro me dará la razón...

—Usted, Manuel, tiene toda la razón. ¿Cómo no voy a tener la misma ropa y los mismos detalles si ese cuadro esta mañana me lo pintaron?

Manuel no puede ocultar su sorpresa. ¿Y el polvo que quedó en su garganta? ¿Y los años que pasaron?

—Estoy confundido, señora, yo...

—Usted ha venido después de muchos años y su casa es la misma, excepto por el cuadro —la mujer se levanta, acomoda la medalla del cuello y continúa—: y otros detalles de la casa: el vidrio roto, por ejemplo, o las cortinas destrozadas, son las mismas de hace cuarenta años.

—Pero...

—Me llamo Eva y soy su mujer a tres minutos antes de mi muerte. ¿No recuerda? Con un vidrio roto cortó usted mi cuello y con esas cortinas me envolvió e intentó colgarme del árbol que, para dicha suya, ya no existe...

—Nada entiendo...

—Mejor, porque el auto espera. Es hora de ir a arreglar cuentas con Dios, para

eso he venido, Manuel. Pero antes quería asegurarme que ya está tan anciano como hoy luce.

—¿Ha llegado la hora de mi muerte?

—No. Sólo de su juzgamiento. Sígame.

Eva sube las gradas y va rumbo a la alcoba. Manuel la sigue tan rápido como puede. Ella se tiende sobre la cama, se saca lentamente el vestido gris y lo dobla en tres partes. Coloca con calma la rosa blanca sobre la silla, besa la medallita que luego deja sobre el piso y bota las sandalias doradas tan lejos como puede. Se envuelve en las cortinas blancas y coge un pedazo de vidrio que saca con gran cuidado bajo el colchón. Se corta las trenzas y, mirándose en el espejo, se hace varios cortes en el cuello. Sin gesto alguno, se deja morir ante la mirada serena de Manuel. Él, sin mayor asombro, se mira al espejo. Tiene la piel joven, los ojos rojos, las manos de sangre y sus cabellos lucen claros y ordenados. ¿La vejez, una idea? ¿Un mal sueño? ¿Lo inexistente?

Empuña, sin darse cuenta, una daga que no ha usado jamás y recuerda a su primera mujer maldiciéndole y deseándole las peores desgracias. No puede evitar besar a Eva y se asombra de sentir el mismo sabor a polvo del cuadro de la sala. Toca sus senos

aún tibios y le parecen hermosos y extraordinariamente duros. Sorteando la herida del cuello y ordena las trenzas bajo la almohada. Acomoda sus piernas que siempre le parecieron bellas y el deseo de poseerla le invade con un escalofrío que lo asusta. No puede contenerse y, rápidamente, intenta sacarse los pantalones cuando unos golpes insistentes le recuerdan que alguien llama frenéticamente a la puerta. Duda en abrir. Finalmente baja, abre la puerta y lo que esperaba ha llegado: un policía le ordena bajar el cuchillo o, caso contrario, disparará aunque él se llame Manuel Ramos y haya sido uno de los mejores pilotos militares en la Guerra del Golfo.

—¿Dónde está la mujer que acaban de asesinar, Manuel?

—En la alcoba... Pero yo no la maté.

—Eso tendrás que demostrarlo.

El policía sube directamente a la alcoba. Mira el cadáver hermoso y terrible y llora al tocar la hermosa piel blanca sin vida. ¿Cómo lo supo si nadie estaba presente? ¿Era una trampa?

—Yo no la maté. Fue ella quien se mató. Esa es la verdad —dice Manuel, dejando la daga sobre el vientre de Eva.

—Eso tendrás que demostrarlo, Manuel. Por lo pronto, quedas detenido.

Dos horas después, así se dice al contar estos casos, tres cadáveres serían encontrados. Uno del más viejo de todos, Manuel Ramos —reconocido inmediatamente por sus zapatos con plantas de llanta de avión— muerto de dos tiros en la cabeza. Otro, de Eva, adolescente de quince años a quien habrían arrancado la cabeza después de haberla violado ya muerta; y de un tercero llamado Roy Rail, policía jubilado, con una daga clavada en el pecho.

El final exacto no lo vimos, pues copulábamos frenéticamente —y por enésima vez— en el cielo raso de aquella alcoba que ahora dinamitan los nuevos directores de este viejo y colosal manicomio en el que hasta hoy hemos vivido.